

EL CANONIGO ANDRES DURAN

1833 - 1909

Se ha dicho que Vich, material y espiritualmente, es ochocentista: saben a la pasada centuria la mayoría de nuestras angostas calles y hogares de ancho portal, y dentro del romanticismo queda, sin duda alguna, encerrada su más perfecta expresión religiosa, poética, filosófica y militar: San Antonio M.^a Claret, Torras y Bages, Verdaguer, Balmes, guerras carlistas... nos evocan una Ciudad Levítica, saturada de tradiciones, que influye abiertamente en los latidos de nuestra región y de nuestra patria, trascendiendo prodigiosamente nuestros mismos confines nacionales.

Vich era ciudad-guia: dábanle amor de Dios y un constante florecer de nuevas Congregaciones, sus santos; pensamiento cristiano, razonado y tomista, sus obispos; simpática égloga popular, sus poetas; culto a la verdad y al sentido común, sus filósofos; intrepidez y audacia, el instinto ochocentista de facciones.

Es por consiguiente, natural que la historia de Vich, en el siglo pasado, sea riquísima en biografías. Situándonos, pues, en el ambiente ochocentista, aportemos una de ellas: el Canónigo Andrés Durán y Marquet (1833-1909), honra de nuestra Ciudad, Seminario y Cabildo. Su vida es expresión del espíritu religioso, científico, apostólico y popular del Vich de antaño.

Nacido en nuestra ciudad, el día 25 de agosto de 1833, hijo de Andrés y Raimunda, de la vicense familia Durán, se formó en uno de aquellos típicos hogares cristianos en los cuales, bajo la luz de la fe y de los paternos ejemplos, crecían los hijos sanos de cuerpo y, sobre todo, de espíritu.

A los seis años, tuvo ya la preparación escolar y la decisión conveniente para principiar la carrera eclesiástica, entrando en el primer curso de Latinitad. Fueron tan notables e inmediatos sus progresos académicos que, al cursar Retórica, tuvo que disertar ya en la célebre «Oratio Latina», uno de los primeros actos literarios con que honraban los profesores a sus alumnos distinguidos. Pero esta misma distinción sobrepujaba sus once años y, sobre todo, su estatura; por esta razón, si por una parte los oyentes podían escuchar al grave retórico Durán, disertando concienzudamente en la lengua de Virgilio, por otra, fué necesario utilizar un no mediano soporte para que el pequeño y circunspecto disertante pudiera ser visto por el público. Entrando así por el camino de los grandes triunfos académicos, fué conclusionista en Matemáticas, Filosofía y Teología, mientras se repetían sus victorias en la Escuela de Matemáticas de la ciudad de Vich, en la cual había dado clases tan notables nuestro insigne Balmes.

Cursando ya el cuarto curso de Teología, apreciado extraordinariamente por sus profesores, fué considerado digno de regentar la cátedra de Retórica, cargo que, desde el primer momento, será connatural en él. En verdad, había nacido para catedrático, pues no solamente poseía la competencia y capacidad necesarias, sino también dotes pedagógicas relevantes: una atracción personal sobre los alumnos, que instintivamente encontraban simpáticas y agradables todas sus asignaturas. Su anónimo biógrafo dice: «tenia lo que'n podríam dir la llicó amorosa, que's reb tan dolçament y mai pesa».



Terminado el primer curso docente, vió realizarse su más ardiente sueño: el sacerdocio, que recibió de manos del Ilmo. Sr. Obispo de Vich, Dr. Antonio Palau, el día 19 de septiembre de 1857; escogiendo para la ceremonia de la Primera Misa una festividad mariana, de sabor típicamente ochocentista, la fiesta del Rosario: «El Roser de tot el món».

Era, no obstante, vital para el nuevo sacerdote y profesor un más amplio horizonte científico, y es por esta razón que, en 1858, previo el beneplácito del Sr. Obispo, obtenía la licenciatura en Sagrada Teología, y, en 1859, el título de bachiller en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona.

Desde entonces, su trabajo docente en el Seminario no tuvo límites: Retórica Poética, Geografía, Historia Universal, Lengua Griega, Filosofía y Moral fueron enseñadas sucesivamente por el Dr. Durán, hasta que en 1870 impregnado ya de profunda madurez y experiencia docentes, pasó a regentar la cátedra de Teología, constituyendo los años que van de 1870 a 1878 la época cumbre de su misión escolar. Junto con la Teología enseñó también, por espacio de pocos años, Historia Eclesiástica y Oratoria Sagrada.

Entre sus alumnos descuellan personalidades extraordinarias, por ejemplo: el Dr. Torras y Bages que manifestó hacia el Dr. Durán una constante y singular simpatía. Ya obispo solía decir que de su vida seminarística vicense guardaba dos recuerdos imborrables: el glacial frío de las celdas del Seminario y las provechosas y agradables clases del Dr. Durán. Por esta razón, él mismo quiso prologar su biografía con estas significativas palabras: «La seva vida es de suma exemplaritat; instruit, fervorós, home de estudi y de oració, amant de cumplir les obligacions dels importants càrrechs que havia tingut en lo ministeri eclesiàstich, ha deixat una memoria de benedicció y durant la seva llarga vida sempre ha escampat lo «bonus odor Christi». Aquests homens exemplars fins difunts encara parlen, per això esperam que la biografia del Ardiaca Durán contribuirá a mantenir en lo clero de la Diòcesis l'esperit sacerdotal, que es esperit de pietat, de sabiduría y caritat, que tant dignament en ell resplandía».

Però en la vida del D. Durán hay además otro aspecto muy característico: fué apóstol y amigo del pueblo. Aunque no hubiera llegado a eminentes dignidades, el aprecio popular se lo tenía ganado igualmente. Descubrieron muy bien este hecho los obispos Castanyer y Jordá al nombrarle respectivamente Director de la Congregación de San Luis Gonzaga y capellán de la iglesia de la Divina Pastora.

¡Qué larga y hermosa lista podríamos hacer de jóvenes sometidos a su paternal autoridad en la Congregación «dels Lluïsos»!, unos llegaron a ser firmes columnas de institutos religiosos o sacerdotes ejemplarísimos, honra de nuestro Seminario; otros, padres de familia, católicos prácticos, modelos de vida cristiana, eje de una sociedad que les veneraba y respetaba. Sin duda alguna, aquellos casalicios ochocentistas de ancho portal y zaguán profundo son todavía el símbolo del hogar vicense y de nuestro «seny català»: abiertos a todo lo que fuera fe y catolicidad, profundos en sus convicciones. No se formaron estas familias de noble abolengo cristiano al azar; fueron el fruto de una labor constante, paciente y apostólica, personificada en abnegados sacerdotes y en asociaciones de vital dinamismo y ejemplaridad. Verdaderamente, al reverenciar aún aquellos hogares cristianos, base de nuestra sólida tradición levítica, hemos de evocar siempre con emoción a aquellos hombres, como el Dr. Durán, y a aquellas asociaciones, como «els Lluïsos», que con su sacrificio y apostolado dieron especial y cristiana fisonomía a nuestra levítica ciudad.

Tuvo además especial complacencia en su cargo de capellán de la iglesia de la Divina Pastora, «els Caputxins». Los frutos de su apostolado en aquel popular barrio vicense se percibieron al momento: la fiesta principal, la Divina Pastora, quiso el nuevo capellán que se celebrara con toda la pompa posible, instaurando la procesión por la noche, y procurando que ésta fuera hermana de las más tradicionales y brillantes de la ciudad, con el máximo de esplendor y solemnidad, consiguiendo incluso que el vecindario adornara e iluminara sus balcones y ventanas para el paso de la procesión. La fiesta de la Divina Pastora y el mes de San José se compenetraron tan profundamente con la devoción popular vicense que, en estas festividades, toda la ciudad acudía «als Caputxins», siendo muy difícil tener cabida en la iglesia una vez empezada la función.

Però el amor del capellán de la Divina Pastora no se limitaba a la iglesia: su trabajo interno, oculto, de consejo y consolación entre los vecinos del barrio, su ejercicio sublime de la caridad para con los pobres... sólo Dios lo sabe. Se ha dicho que si esta faceta de su vida fuera conocida, llenaríamos incontables páginas.

Però la cualidad eminente del Dr. Durán fué la de predicador. Por esto, dice su biógrafo: «Fora del home y del sacerdot, l'enteresa dels quals ha premiat ja Nostre Senyor a hores d'ara, devant del mon el predicador dominá sobre totes les altres facultats del nostre Doctor. Ningú que l'hagués sentit gosaria posarho en dubte». Ocupó, por primera vez, la cátedra del Espíritu Santo en el año 1858, y no abandonó tan sacerdotal práctica hasta que las fuerzas físicas se lo permitieron. El pueblo le amaba sobre todo como predicador. La espontaneidad de su palabra, dulce y esponjosa a la vez que enérgica y sincera, llegaba hasta el fondo del corazón, y era recibida como lluvia suave en tierra agradecida. En este sentido, su popularidad era inmensa. Y es en la predicación donde se aparta del ampuloso y alambicado estilo ochocentista, tan frecuente entonces en el púlpito sagrado. El conocimiento del auditorio le impedía dar a su predicación el ropaje retórico y ostentoso propio del siglo XIX.

En la larga lista de su predicación, había recorrido todos los aspectos posibles; desde las oraciones de San Lucas en la Catedral, hasta la más humilde plática. Todo

tenía cabida en este eminente apostolado de su vida. Un inventario de todos sus sermones llenaría incontables páginas.

Es sobre todo memorable el triduo solemne predicado, en la Catedral vicense, con motivo de las espléndidas y solemnísimas fiestas, que celebró la ciudad de Vich, en 1862, a raíz de la canonización de su insigne hijo San Miguel de los Santos. Predicó, el primer día, el Dr. Benito Sanz y Forés, Canónigo Lectoral de Tortosa, futuro Cardenal y Arzobispo de Sevilla, considerado como el primer orador de España; el segundo día, el Canónigo vicense Dr. Lorenzo Pujol, fundador de las Sagramentarias; el tercer día, el Dr. Andrés Durán, que a la sazón tenía 28 años, joven sacerdote con aspecto casi infantil, ocupó la cátedra del Espíritu Santo. Al verle subir al púlpito, dijo sigilosamente el Lectoral de Tortosa a un sacerdote amigo: «¿Nos hará el sermón este chiquillo?», pero terminado, con admiración exclamó: «No es un chiquillo, es un sacerdote lleno de profunda doctrina; un consumado orador».

Siendo entrañablemente amado por sus discípulos, congregantes y fieles, era evidente que su nombramiento para la Canonía Lectoral vicense tendría un carácter de evidente plebiscito popular. Y así fue, la alegría era general en todas las casas, e incluso aquellos que no le conocían personalmente acudieron a felicitarle; tal carácter tomó este clamor del pueblo, que el Ayuntamiento de Vich se creyó obligado a hacerse intérprete de los sentimientos populares nombrándole, en fecha 18 de noviembre de 1878, «ilustre hijo de la Ciudad».

Con esto, llegamos a una época de la cual nos hablaría, con mucho más conocimiento de causa, la ancianidad venerable: los inicios del ilustre pontificado del Dr. Torras y Bages. Recordemos una anécdota: Era la tarde del día de Santa Teresa de 1899, cuando entraba solemne y pontificalmente el santo obispo Dr. Torras y Bages, esperado hacía días con íntimo anhelo, por nuestro pueblo vicense tan compenetrado, desde el primer momento, con él. Tarde encapotada y publosa que imposibilitó todo acto fuera del templo catedralicio. Ya en el interior de la Basílica, saludó al obispo, en nombre del Cabildo, el Dr. Rossell, después de lo cual, previa la elocuente respecta del nuevo Prelado vicense, los canónigos hicieron acto de pleitesía ante él, con genuflexión y beso del anillo. Pasaban en silencio uno a uno, pero cuando el Dr. Torras se encontró frente a frente de su antiguo y predilecto profesor, le tomó en sus brazos y levantándole su cara con ósculo en la frente le manifestó su más sincero afecto y veneración.

Una traidora enfermedad consumía lentamente su vida. Poco a poco, tuvo que reducir su actuación apostólica, mientras el Dr. Torras y Bages esperaba ocasión propicia para manifestarle nuevamente su aprecio. Esta no se hizo esperar, puesto que vacante la dignidad de Arcediano, pudo concedérsela el mismo Dr. Torras, ya que, en el turno establecido por el Estado, esta vez pertenecía al Prelado de la Diócesis la provisión de la dignidad catedralicia. Con fecha 12 de febrero de 1901, se la otorgaba añadiendo lo siguiente: «al mateix temps que satisfem el sentiment de respecte y amor a nostre antich Professor de Teologia, pagam el degut tribut a l'il·lustració, a la laboriositat y a l'exemplaritat de vida de V. S.». Verdaderamente, ilustración, laboriosidad y ejemplaridad son síntesis perfecta de la vida del Dr. Durán. Mientras pueblo y obispo se consideraban obligados a manifestarle su gratitud y respeto por su saber, trabajo y virtud, en lo íntimo el sacerdote ejemplar y fervoroso sabría desprenderse de todo afecto humano a los honores. Prueba evidente la tenemos en la carta dirigida al Canónigo Magistral de Tarragona, Dr. Jaime Figols, natural de Solsona, pidiéndole que, dentro del círculo de sus amistades, hiciera todo

lo posible para que se desistiera del inicial propósito de elevarle a la Sede de Solsona —se hacían negociaciones en este sentido— ponderando y abultando los motivos que le inducían para rechuir tal honor.

Reducida su biografía a estos aspectos fundamentales, quedarían aún por considerar su intervención en periódicos, por ejemplo «El Domingo»; su espíritu organizador, singularmente en la romería a Roma del año 1876, en tiempos de Pío IX; su elocuente defensa de los derechos vicenses con relación a la montaña y Monasterio de Montserrat, defensa que se guarda en nuestro Archivo Episcopal y que podría ser objeto de otro estudio; su eficiente colaboración en las Comisiones del futuro Congreso Conmemorativo del nacimiento de Balmes, etc... Creemos, no obstante, que la vida del Dr. Andreu Durán tiene que centrarse singularmente en su profesorado competentísimo, su espíritu popular y apostólico, sus insignes cualidades oratorias y su digna misión canonical.

Devoto ferviente de la Virgen María, cantó su Primera Misa Solemne el día del Rosario de 1857, y celebrada su última Misa el día de la Inmaculada del año 1909. Moría el 23 de diciembre del 1909.

Después de leer la biografía de algún vicense ilustre, siempre instintivamente me he preguntado: ¿Sigue Vich siendo fiel a su espíritu? Es cierto que un nuevo ideal de vida va substituyendo a los moldes antiguos, pero en muchos —quizás en algunos inconscientemente— su ideal queda reducido a una crasa ilusión existencialista, que mira sólo el momento presente; olvidando pretérito y futuro. Si vivimos íntimamente la religión —ideal trascendente,— si vivimos íntimamente la historia —recuerdo del pasado,— la fidelidad a nuestro espíritu cristiano será perfecta. Recordando el pretérito, no será sombría y caliginosa nuestra visión, y la concordia con el ideal trascendente de nuestros padres será cumplida.

¡Qué nuestra virtud del agradecimiento se extienda también a nuestros antepasados! Dios mismo nos invita: «Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua» (Eccli., 44, 1).

LUIS SERDÁ, pbro.
